

*La Seu d'Egara. Les esglésies de Sant Pere de Terrasa: pedres amb ànima*, editado, coordinado por Juan Rovira, Olga Cabús, Jordi Garreta y Pilar Ordoño, con colaboración de un amplio grupo de arqueólogos y muy especialmente del Museo y Archivo Municipal de Terrasa. Terrasa, 2009, 156 p.

Entre los puntos de la Península Ibérica que hay que visitar y detenerse en ellos por quien tenga interés en la historia de los primeros siglos de la Historia del Cristianismo, es poco discutible, que este rincón de Terrasa ocupa uno de los primeros lugares. Hasta que el visitante no está allí no es consciente de que se halla ante una planta y tres iglesias en pie y en uso, que se remontan, como conjunto, al siglo IV, es decir a la misma «paz de la Iglesia». Y es difícil imaginar, si no lo estuviera viendo, que tales edificios, siguen sirviendo para el uso para el que fueron construidos, es decir para el culto cristiano.

El Ayuntamiento de Terrasa no ha escatimado gastos en la presentación de la obra y hay que confesar que es una maravilla. A juzgar por el índice se compone de seis capítulos, de los que los cuatro centrales tratan grosso modo de las cuatro iglesias que componen el conjunto, tres aún en pie y la «catedral» solo en planta, con algunos restos muy notables todavía construidos.

La exposición de cada capítulo está pensada para el visitante que allí en el lugar, lee el libro a la vez que contempla tanto los monumentos en pie como la señalización magnífica y su sentido. Hay que reconocer que sin tal explicación cuesta darse cuenta de la riqueza de contenido de aquel rincón paleocristiano todavía en pie y en uso y de lo espléndido de la restauración y monumentalización del conjunto.

Sólo por comentar algún detalle que entendemos digno de revisión nos decidimos a hacer algunas observaciones, que pueden servir a los autores para sucesivas ediciones.

El libro tiene una gran cantidad de planos y levantamientos axonométricos de los edificios en pie o de reconstrucciones históricas que ayudan al lector, pero a todas estas representaciones les falta la indicación de la dirección de los puntos cardinales. Ya sabemos que en las iglesias paleocristianas el ábside suele estar orientado hacia el este y esto puede servir de pista, pero insistimos en que costaría poco y sería muy iluminador el incluir en las reproducciones la flechita indicando el norte.

El actual grupo de arqueólogos que dirige todos los trabajos es muy competente, pero este es un lugar en el que han trabajado muchos y muy buenos arqueólogos a lo largo de muchos años y sería muy de agradecer una somera indicación de las aportaciones de cada uno de ellos. Nombres tan dignos de nota como Puig y Cadalfach, que trabajaron aquí y cuyo testimonio

daría mucha fuerza al argumento de la catedral que tanta presencia tiene en este libro. Hoy todos sabemos que la historia de la ciencia es esencial en la exposición de la ciencia misma y aquí se echa de menos. Es verdad que en la p. 145, párrafo primero, se alude al tema e incluso se citan unos cuantos libros importantes, pero como si ello no tuviera mayor importancia y creemos que sí que la tiene. El libro ganaría mucho con un par de páginas que recogieran la historia de la investigación sobre este lugar.

Pero aparte de estas pequeñas cosas hay una que nos parece más preocupante. El eje de la argumentación de todo el libro es el hecho evidente para los autores de esta obra que la sede de Egara fue creada en torno al año 450, cuando el obispo Nundinario de Barcelona divide en dos su diócesis y consagra el primer obispo de Egara. Aceptar sin mas discusión este origen de la diócesis indica tener muy poca información de cómo funcionan las cosas en los orígenes y en concreto en los orígenes cristianos. Nada sabemos de los primeros orígenes de la comunidad cristiana en Tarrasa, pero una cosa es cierta: la conciencia territorial de la administración eclesiástica es algo que se va introduciendo lentamente y que no llega a ser objeto de conflictos jurídicos hasta el siglo VI. Que a mitad del V el obispo de Barcelona ya tuviera tal modo de concebir las cosas es muy problemático. Razón por la que todo el problema de la cronología de los siglos IV-V, también en Egara debe estar sujeta a estudios críticos y a los argumentos arqueológicos. Y entiendo que la cronología de todo el libro puede ser aceptable globalmente, pero ha de ser puntualizada para cada objeto y monumento. Y entiendo que también aquí la exposición del conjunto paleocristiano de Tarrasa ha de ser puesto en continua discusión, y volver a valorar cada día tanto las piedras y las estructuras como las pinturas.

Hay muchos otros detalles que convendrá puntualizar no porque para el tema sean esenciales, en el planteamiento de este librito, sino porque de su correcta visión depende la posibilidad de avanzar en la mejor comprensión de los temas implicados. Así p. e. en la p. 25 se nos dice que el 476 es el hito para establecer el cambio de Edad Antigua a Edad Media y hoy las cosas no se ven así.

En cualquier caso Tarrasa es un lugar que hay que visitar una y muchas veces sobre todo por los interesados en el arte paleocristiano y en la historia de la Iglesia y hay que decir que el actual equipo de trabajo lo está haciendo con toda pulcritud y competencia y el libro que comentamos es una joya para leerlo pacíficamente cuando ya se ha visitado el lugar. Se puede volver a «ver» con razones y justificaciones y eso siempre es estupendo.

*Antonino González Blanco*